

El Sr. Buenaventura se puso de pie y mostró los dos grandes bolsillos de su gabán completamente vacíos.

— Perfectamente — añadió Montero; — mas los gabanes suelen tener un bolsillo interior. Veamos ese bolsillo.

Exhaló el amanuense un gran suspiro, desabrochó las solapas del gabán é introdujo la mano en el bolsillo, y sacándola después, se acercó á Montero diciéndole:

— Registre usted; usted mismo.

Montero no encontró nada, y volviéndose á Luis le dijo:

— Leo en tu cara que te encuentras inclinado y dispuesto á proclamar su inocencia, pero yo no tengo la manga tan ancha como ese gaban que tenemos delante. Vamos, Sr. Buenaventura, ¿qué ha ocultado usted en la manga del gabán? Algo ha pasado del bolsillo á la manga.

— Nada — contestó el Sr. Buenaventura alzando los brazos, — nada.

— En ese caso — replicó Montero, — no tendrá usted inconveniente en que yo lo vea por mis propios ojos.

Y diciendo y haciendo, asió el brazo del amanuense, palpándole desde el hombro á la muñeca. Entre ésta y el codo encontró un objeto, un cuerpo extraño, que hizo salir por la boca de la manga. Era una cartera raída, la misma cartera que vimos sacar al hombre de las gafas verdes en el palacio de Valle-alegre.

Montero la registró minuciosamente, y sacando de ella un sobre en blanco se lo entregó á Luis, diciéndole:

— Ve lo que hay en ese sobre.

La actitud humilde del Sr. Buenaventura cambió de repente: irguió la cabeza, y cruzando los brazos sobre el pecho como hombre resuelto á todo, dijo con voz firme y entera:

— Sí; ahí están las cartas originales de Mauricio Ripoll. Esta es la obra de Valle-alegre, y yo he sido su cómplice.

CAPÍTULO XXXVIII

LA MILLONARIA

El mundo es partidario de todos los éxitos. Cualquiera que sea la ignominia que se levante ó la iniquidad que triunfe, encuentran siempre un séquito victorioso. No hay volubilidad semejante á la del mundo. Verdadero cimbro, quema hoy lo que ayer adoraba, y adora mañana las cenizas de lo que antes hubo quemado. El mundo positivo todo lo sacrifica á la conveniencia del momento, el mundo frívolo se deja arrastrar fácilmente por los triunfos del día, por fugitivos y menguados que sean. Si alguna vez triunfan la verdad y la justicia, justo es decirlo, también se asocia el mundo á estas raras victorias.

Por esta movilidad con que va y viene, sube y baja, entra y sale, volvió á invadir los salones de Margarita con la misma frescura con que poco antes había huído de ellos. Ya se ve, las cosas presentaban un aspecto enteramente distinto. Las cartas originales de Mauricio Ripoll, reconocidas como auténticas, estaban en poder de los tribunales; el Sr. Buenaventura, cogido de la manera que hemos visto, no intentó defenderse, y poseído del demonio de la venganza, saboreó el placer de los dioses, confesando de plano el complot urdido por Valle-alegre, en el cual, según él mismo decía, no había sido más que un miserable instrumento sobornado por el banquero. Éste tuvo tiempo para huir, y desapareció antes de que la justicia humana pudie-

se echarle mano, porque la mano de la justicia humana no suele ser demasiado ejecutiva para proceder contra los poderosos.

El mundo, pues, se hacía lenguas del caso, y volvía la faz risueña hacia Cecilia, millonaria de la noche á la mañana.

La comidilla de los salones era la huérfana, cuya belleza aparecía realzada por la deslumbradora luz de la riqueza; pero lo que sobre todo se comentaba era un incidente verdaderamente fabuloso, acerca de cuya certidumbre no cabía duda.

He aquí lo ocurrido, según el verídico relato de las personas mejor enteradas.

El duquesito, esto es, el hijo del duque, resultaba perdidamente enamorado de la huérfana, cosa que nadie ponía en duda, en razón á que un duque bien puede enamorarse perdidamente de cualquiera millonaria.

Y no era esto solo, sino que el padre, en la imposibilidad de casar á su hijo con una princesa tan rica como Crespo, parecía dispuesto á apechugar con la hija del Americano, porque al fin los millones de la huérfana podían devolverle en mucha parte el antiguo esplendor de su título, un tanto ajado ya por la penuria de los tiempos.

No queriendo partir de ligero, había observado de cerca á la millonaria, y muy suavemente se había introducido en su trato, deduciendo del conjunto de sus observaciones que aquella preciosa criatura poseía una rara belleza, un gran corazón y un talento exquisito, declarando que tenía todo el aire de una gran duquesa.

La envidia, que no puede estarse quieta, se burlaba en variedad de tonos de la sinceridad del amor del hijo y de la admiración del padre, y uno y otro eran el platillo de las conversaciones.

El duque, desde la altura nobiliaria de su importancia aristocrática, no percibía el efecto burlesco que causaban

las calurosas alabanzas con que su repentina admiración descubría en Cecilia todas las perfecciones. A su hijo no se le ocultaba el papel que ambos hacían ante la crítica del mundo; mas no se daba por entendido, sufriendo con paciencia inalterable las frases equívocas, los chistes más ó menos agudos que su amor inspiraba, y muchas veces asociaba su sonrisa burlona á las sonrisas maliciosas de los murmuradores.

Llegó á sus oídos una frase que había logrado hacer fortuna. Decían: «El duque ha tenido que vender su título para poder conservarlo.»

— ¡Oh! — exclamó al oirlo. — No se negará que es un buen negocio.

Y restregándose las manos con íntima satisfacción, celebró también la agudeza del chiste, soltando la carcajada.

Llegó el día en que el duque creyó conveniente dar el paso oficial que el caso requería, y con toda la solemnidad debida se presentó en casa de la viuda á pedir para su hijo la mano de Cecilia.

La viuda y la huérfana vivían en la misma casa en que las hemos conocido; nada había cambiado en ella, y aquella modestia le pareció al duque encantadora.

A la petición del duque contestó la viuda diciendo:

— Mi voluntad es la de mi hija; su consentimiento es el mío. Yo he formado su corazón, y sé que merece ser dichosa.

La viuda hizo llamar á Cecilia, y ésta se presentó pálida y risueña; y el duque, estrechando su mano, le dijo:

— He aquí lo que busco.

Cecilia bajó los ojos, y le contestó diciendo:

— Mi madre sabe que mi corazón haría un gran sacrificio negándole á Enrique esta mano que usted ya tiene cogida.

Desde aquel momento no se pensó más que en la boda, y Cecilia consiguió del duque que se hiciese sin ruido, sin fausto, sin pompa; y aunque esto contrariaba las pretensio-

nes opulentas del duque, convino al fin en ello, porque la huérfana tenía tal manera de pedir las cosas, que era muy difícil negárselas. La boda, pues, se verificó á sorbo callado, como si dijéramos á puerta cerrada. Góngora y Margarita fueron los padrinos, Montero uno de los testigos, y Seraffín llevó de la mano á Cecilia á firmar los contratos.

Todo esto se comentaba entre las gentes de buen tono con esa mordacidad, no siempre fina, que suele hacer las delicias del gran mundo, cuando un noticiero de salón llegó cargado con los últimos detalles ignorados hasta entonces.

— Lo más gracioso del caso — dijo — no está en la modestia ridícula de esa boda *cursi*, sino en lo que acabo de saber de una manera auténtica. Imagínense ustedes que en cuanto les echaron las bendiciones, el enamorado esposo, con la ternura más afectuosa, le pidió á su mujer..., ¿qué dirán ustedes?

Los que le oían guardaron silencio, no ocurriéndoles qué cosa tan extraordinaria puede un marido pedir á su mujer en la primera noche de boda.

— No es fácil presumirlo — siguió diciendo, — porque la cosa es verdaderamente inaudita. Le pidió un poder amplio, completo, con el que pudiera disponer á su antojo de los dieciséis millones de reales que han pasado judicialmente de la repleta caja de Valle-alegre á formar la dote de la huérfana.

— ¡Oh! — exclamaron. — Eso es de malísimo gusto; pero el duque debe tener muchas deudas, y querrá pagarlas cómodamente con los millones de la nuera. ¿Ella, por supuesto, se negaría resueltamente?

— No — contestó. — Se avino á ello sin replicar, y al día siguiente le otorgó poder amplio, completo, para que haga y deshaga, rompa y rasgue sin que nadie pueda irle á la mano.

— Y la madre — preguntaron, — ¿cómo ha consentido semejante estafa?

— No sé — dijo, — y en todo caso será preciso convenir

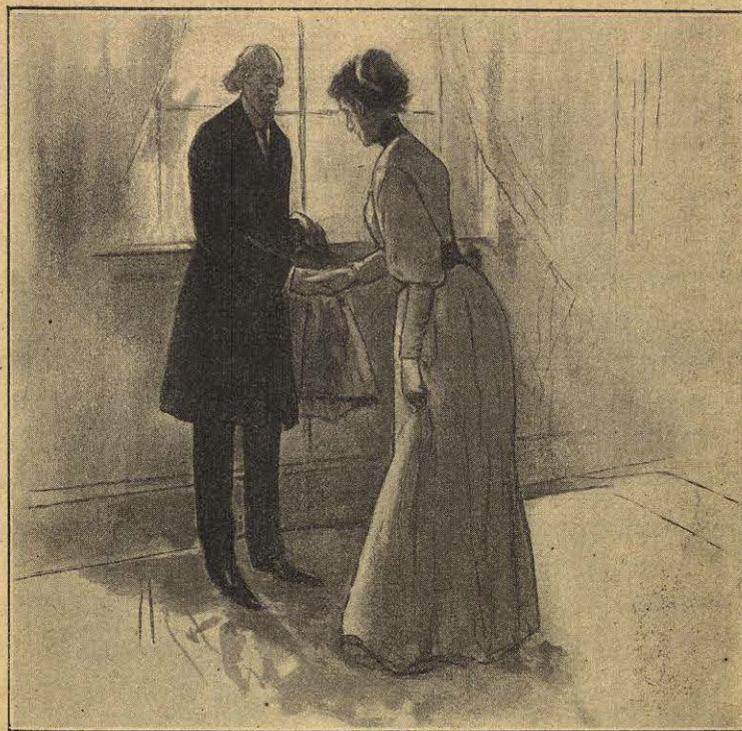
en que la hija es loca de atar y la madre tonta de remate.

— El duque — añadieron — ha hecho un negocio redondo.

— Malísimo — replicó. — El duque es la víctima.

— ¡Cómo!

— Ni más ni menos. Aquí entra lo increíble. Enrique



El duque, estrechando su mano, le dijo: «He aquí lo que busco.»

se ha hecho dueño de los millones de su mujer, y ha empezado á repartirlos á tontas y á locas.

— ¡También tenía deudas el hijo! ¡Bah! Es una familia de tramposos.

— Nada de eso: el futuro duque está repartiendo los millones de la huérfana entre los establecimientos de Beneficencia y los pobres más necesitados. Calculen ustedes si los despachará pronto, hoy que las clases pasivas y acti-

vas se mueren de hambre, y al clero no le queda más recurso que pedir limosna.

— ¡Eso no es posible! — dijeron.

— Es auténtico — contestó.

— ¡Qué diablura! — exclamaron todos á la vez. — ¿Qué empeño tiene en reducir á la miseria á su propia mujer, á su propia mujer millonaria?

— Sin duda — advirtió — nos quiere hacer creer que no se ha casado con la huérfana por sus millones.

— Pero bien — replicaban. — ¿Y el duque? ¿Cómo consiente eso el duque?

— El duque — añadía, — deberá tocar el cielo con las manos; pero su heredero dice con la mayor frescura que prefiere el honor de su nombre al esplendor de su título.

— Esto causó un verdadero estupor; la cosa era increíble, mas no por eso dejaba de ser cierta.

El hijo del duque contestaba á las burlas de que había sido objeto su matrimonio con Cecilia repartiendo generosamente la riqueza á que lo suponían vendido. De esta manera quería vengar el ultraje hecho á la sinceridad de su amor; pero el mundo, que se había burlado de él antes por avaro, seguía burlándose de él ahora por generoso, y decía:

— Con ese insensato, mal negocio ha hecho la pobre millonaria.

Pero es el caso que la pobre millonaria estaba loca de contento, tan loca, que había conseguido trastornar el juicio del duque hasta el punto de hacerle llevar con paciencia y aun con orgullo los inauditos despilfarros de su hijo.

— ¡Hermosa criatura! — exclamaba abrazándola; — tú sola me has hecho comprender que la verdadera nobleza está en el alma.

CAPITULO XXXIX

EL CRUP

«*San Juan de Luz, Mayo 8, 1874.*»

»Cecilia de mi alma, tengo el corazón partido de dolor; dolor injusto, dolor egoísta, dolor humano, pero dolor... ¿Qué nos sucede? No lo sé; no lo sé decir todavía. Me parece que estoy bajo la presión de un sueño horroroso, con el cual lucho sin poder despertarme. Yo no quiero creer lo que veo, lo que siento, lo que despedaza mis entrañas, y grito: «Es mentira, es mentira.»

»Hace ya tres días que mi alma está desolada, que me escondo en el último rincón de la casa para deshacerme en lágrimas... Mi hijo..., mi hermoso Serafín..., nuestro ángel, como tú le llamabas, nuestro Ángel de la Guarda nos ha abandonado para siempre... No; no es verdad lo que te digo; Serafín no nos ha abandonado; está aquí con nosotros, oímos su voz por todas partes, su boca nos sonríe á cada momento, sus ojos nos miran con ternura indecible. Está aquí; aquí lo vemos, lo sentimos..., nuestros ojos están llenos de su imagen, nuestros oídos de su dulce acento. Pero ¡ay!, Cecilia de mi vida, quiero estrecharlo contra mi corazón, y huye..., voy á besar sus labios, y no los encuentro..., lo llamo y me contesta..., me contesta desde el fondo de mi alma.

»Éramos dichosos aquí en nuestra casa de San Juan